

VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2014.

El trauma en los fundamentos del psicoanálisis.

Ariel, Alejo.

Cita:

Ariel, Alejo (2014). *El trauma en los fundamentos del psicoanálisis*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-035/574>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecXM/QbT>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL TRAUMA EN LOS FUNDAMENTOS DEL PSICOANÁLISIS

Ariel, Alejo

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El concepto de “trauma”, enlazado desde el comienzo a la determinación etiológica de las neurosis, es uno de los conceptos fundamentales de la obra de Freud: es posible localizar en sus escritos una sucesión de “teorías traumáticas”. Cada una de estas redefiniciones se vincula a momentos decisivos en la construcción de la teoría psicoanalítica y en la delimitación de la práctica analítica. En este trabajo se buscará relevar la construcción freudiana del concepto de “trauma”, aislando dos momentos cruciales en su constitución e intentando evaluar su impacto en la orientación de la teoría psicoanalítica. Las primeras definiciones del trauma, entre 1893 y 1896, trazan la función productiva de la memoria inconciente en la neurosis, al señalar el papel eficiente de la escena traumática-como recuerdo inconciente- en la formación y repetición de los síntomas. La redefinición posterior del trauma, en 1920, destaca el carácter perturbador que asume la satisfacción pulsional, situando un exterior en el interior del aparato psíquico, destituyendo la escena psíquica y agujereando el campo de la memoria inconciente. El trauma, que ilustra la paradójica relación del sujeto con su “propio” cuerpo, se instala así en el fundamento de la estructura.

Palabras clave

Trauma, Etiología, Inconciente, Pulsión, Repetición, Memoria, Fantasía

ABSTRACT

TRAUMA AT THE FOUNDATIONS OF PSYCHOANALYSIS

The concept of “trauma”, bound from the beginning to the etiological determination of neurosis, is one of the fundamental concepts of Freud’s work: it is possible to find in his writings a succession of “traumatic theories.” Each of these redefinitions is associated to decisive moments in the construction of psychoanalytic theory and the definition of analytical practice. This paper seeks to survey the Freudian construction of the concept of “trauma”, isolating two crucial moments in its constitution and trying to evaluate their impact on the orientation of psychoanalytic theory. The first definition of trauma, between 1892 and 1896, delineates the productive role of unconscious memory in neurosis, pointing the efficiency of traumatic scenes- as unconscious memories- in the production and repetition of neurotic symptoms. The subsequent redefinition of trauma, in 1920, highlights the disturbing nature of the drive, locating an inner exterior in the psychic apparatus, deposing the psychic scene and making a hole in the unconscious memory. Thereby trauma places itself in the structure’s foundation.

Key words

Trauma, Etiology, Unconscious, Drive, Repetition, Memory, Fantasy

El concepto de “trauma”, enlazado desde el comienzo a la determinación etiológica de las neurosis, es uno de los conceptos fundamentales de la obra de Freud: es posible localizar en sus escritos una sucesión de “teorías traumáticas”. Cada una de estas redefiniciones se vincula a momentos decisivos en la construcción de la teoría psicoanalítica y en la delimitación de la práctica analítica.

En este trabajo se buscará relevar parcialmente la construcción freudiana del concepto de “trauma”, aislando dos momentos cruciales en su constitución e intentando evaluar su impacto en la orientación de la teoría psicoanalítica.

1. LA CONSTITUCIÓN DEL CAMPO Y EL PROBLEMA DE LA ETIOLOGÍA

En los albores del psicoanálisis, los primeros pasos freudianos apuntan a establecer clínica y conceptualmente el campo de la experiencia analítica. Este paso fundacional supone la localización de los límites del dispositivo analítico, lo que lleva a Freud a escindir el universo clínico, separando los cuadros “analizables” de los “inanalizables”. Al mismo tiempo, Freud lleva adelante un esfuerzo epistémico por integrar esta distinción clínica en una teoría coherente, estableciendo la etiología y los mecanismos productivos de cada cuadro, y evaluando, de acuerdo a su naturaleza, la pertinencia de la intervención psicoanalítica.

Ya en sus primeros textos, que datan del ocaso del siglo XIX, Freud instituye su primer división nosológica. Allí distingue las “neurosis actuales”, dependientes de una perturbación sexual fisiológica, de las “neuropsicosis de defensa”, cuya etiología y mecanismo se inscriben en el ámbito psíquico. Será este último grupo el que delimite, en un primer tiempo, el espacio de la experiencia freudiana. El estatuto “analizable” de los síntomas de las “neuropsicosis de defensa” depende, justamente, de su naturaleza psíquica-representacional, puesto que la intervención psicoanalítica también opera en este registro.

EL TRAUMA PSÍQUICO

El concepto de “trauma psíquico” tiene un valor central en este movimiento fundacional, en la medida que permite hilvanar una primera versión etiológica sobre las “neuropsicosis de defensa”. La definición inaugural de “trauma”, elaborada junto a Breuer en los *Estudios sobre la histeria (1893-95)*, y con fuerte influencia de la instrucción charcotiana[i], presenta un fundamento eminentemente económico: una impresión cualquiera deviene “trauma psíquico” cuando la tramitación del afecto que ella despierta se ve impedida. La incapacidad de reducir el monto afectivo conlleva una perturbación del principio universal de constancia, que aquí es enunciado por primera vez como tendencia reguladora del aparato psíquico[ii]. Al contradecir el principio económico que orienta el funcionamiento del aparato, la representación traumática deviene inconciliable para el yo, definido en este período como conjunto homogéneo de representaciones. De este modo, a partir de la impresión traumática se funda un “conflicto psíquico” entre términos representacionales opuestos, que no puede ser resuelto por las vías normales (la ac-

ción o el pensamiento asociativo). Frente a la impresión traumática, que despierta un afecto que no puede ser atemperado, el enfermo se ve conducido a “olvidar, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía” (1894, p.49). El olvido nace de la operación de la “defensa”, que actúa separando el monto de afecto de la representación penosa, apartando la representación inconciliable del comercio asociativo (formando un grupo psíquico aislado de la conciencia), y desplazando el afecto sobre una representación indiferente, en la neurosis obsesiva, o sobre un recorte representacional del cuerpo, en la histeria.

De este modo, la imposibilidad originaria de tramitar un afecto deriva en la formación sintomática: el trauma psíquico debe ser considerado como el agente patógeno eficaz en la producción y sostenimiento de los síntomas de la neuropsicosis de defensa. Freud insiste en destacar que el trauma opera necesariamente en calidad de recuerdo inconciente, funcionando como “símbolo mnémico”, operativo en las manifestaciones de las neurosis. Noción que introduce la distinción entre el acontecimiento efectivo y su huella mnémica e ilustra el modo en que la historia (diacronía) se inscribe en el aparato psíquico como estructura (sincronía), y solo en tanto tal produce sus manifestaciones. Para Freud, el estudio de los síntomas, que lleva a la elucidación de los traumas psíquicos que tienen por base, obliga a “admitir que unas representaciones inconcientes existen y son eficaces” (1893-95, p.232). Esta afirmación implica una primitiva estratificación del campo de la memoria, que ya sobrepasa la acción rememorativa. Al señalar el papel eficiente de la escena traumática- como recuerdo inconciente- en la gestación y repetición de los síntomas, Freud comienza a trazar la función productiva de la memoria inconciente[*iii*].

EL PROBLEMA DE LA PREDISPOSICIÓN

Sin embargo, estos primeros postulados no alcanzan a resolver el problema etiológico, pues aún no hay recursos teóricos para justificar acabadamente por qué algunas impresiones pueden ser descargadas normalmente, mientras que otras se resisten a la tramitación, adquiriendo estatuto traumático.

En *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (1896a), Freud parte del reconocimiento de esta dificultad: “En mi primera comunicación sobre las neurosis de defensa quedó sin esclarecer cómo el afán de la persona hasta ese momento sana por olvidar una de aquellas vivencias traumáticas podía tener por resultado que se alcanzara realmente la represión deliberada y, con ello, se abriesen las puertas a la neurosis de defensa. Ello no podía deberse a la naturaleza de la vivencia, pues otras personas permanecían sanas a despecho de idénticas ocasiones. No era posible entonces explicar cabalmente la histeria a partir del efecto del trauma; debía admitirse que la aptitud para la reacción histérica existía ya antes de este” (1896a, p.167). El final de este párrafo anticipa el problema evaluado, con insistencia y desde distintos ángulos, en prácticamente todos los textos de 1896: ¿Cuál es la predisposición necesaria para la formación de una neuropsicosis? Hasta aquí, la incapacidad de formular una respuesta teórica a este problema, dejaba a la “herencia”, aún bastante imprecisa, como único fundamento de la disposición neurótica. Pero en este texto, Freud subvierte de modo categórico su posición previa, al afirmar que la “predisposición histérica indeterminada puede remplazarse enteramente o en parte por el efecto del trauma infantil sexual” (1896a, p.167). Las vivencias sexuales traumáticas e infantiles, impuestas por la acción de un adulto, constituirán la condición específica para la contracción de una neurosis: solo habrá defensa patológica

cuando la representación penosa actual establezca un nexo asociativo con la vivencia traumática infantil, recuperada en calidad de recuerdo inconciente. Freud insiste en esta última condición: no se trata del acontecimiento, sino de la huella inscrita: “no son las vivencias mismas las que poseen efecto traumático, sino sólo su reanimación como *recuerdo*” (1896a, p.162)

Este nuevo modelo represivo se adecúa a los postulados de Freud del *Manuscrito K* (1896 [1895]), donde establece las condiciones formales para que la defensa devenga patológica. Allí advierte que “la inclinación de defensa se vuelve nociva cuando se dirige contra representaciones que pueden desprender un *displacer* nuevo también siendo recuerdos” (1896 [1895], p.261). A continuación circunscribe la nocividad a las representaciones sexuales infantiles, puesto que solo en ese ámbito, y por la mediación de la maduración genésica entre la vivencia y su recuerdo, “se realiza la única posibilidad de que, con efecto retardado [*nachtraglich*], un recuerdo produzca un desprendimiento más intenso que a su turno la vivencia correspondiente” (1896 [1895], p.261). La condición económica del trauma (desprendimiento de *displacer* nuevo) se ata así a una condición temporal (efecto retardado). La alteración temporal del trauma introducida por la noción de “efecto retardado” y la dirección “retroactiva” (por la cual el “pasado” adquiere su valor a partir de una operación actual), conlleva a su vez una subversión ontológica: Si el trauma ya se había desligado de su valor de acontecimiento, aquí pierde también su estatuto de símbolo aislado: el trauma ya no es una huella mnémica de la vivencia sexual, sino el producto de una operación psíquica, que establece una relación retroactiva entre una representación penosa actual y la huella de la experiencia infantil, inscribiendo a esta última como traumática.

LA “ÚLTIMA PIEZA DEL ROMPECABEZAS”

En la Etiología de la histeria (1896b) Freud se pregunta por los pilares últimos de la memoria: “¿Adonde llegamos si seguimos las cadenas de recuerdos asociados que el análisis nos descubre? ¿Hasta dónde llegan ellas? ¿Tienen un término natural en alguna parte?” (1896b, p.197). Y responde, de forma concluyente, que “*infaliblemente se termina por llegar al ámbito del vivenciar sexual*”. (1896b, p.198) Sin embargo, destaca una particularidad relativa a estas experiencias últimas: a diferencia del resto de los recuerdos, “respecto de ellas no sobrevino un sentimiento mnémico” (1896b, p.203). Se ingresa entonces en un terreno paradójico, puesto que el cimiento basal de la memoria, aquel sobre el que se erige el resto del texto, es un elemento que, como tal, no puede ser recordado. Freud apela aquí a una analogía entre la reconstrucción de la neurosis y la de un rompecabezas infantil: en el proceso reconstructivo, puede obtenerse una “certeza absoluta sobre la pieza que corresponde a cada uno de los espacios que quedan libres -porque sólo esa pieza completa la imagen” (1896b, p.204). Del mismo modo, “también las escenas infantiles prueban ser por su contenido unos irrecusables complementos para la ensambladura asociativa y lógica de la neurosis...” (1896b, p.204). El movimiento de Freud es dual: al mismo tiempo que reafirma la centralidad de las “escenas infantiles” en la composición de la neurosis, deja en entredicho su estatuto mnémico (¿Qué es un recuerdo que no despierta un sentimiento mnémico?).

LA CAÍDA DE LA TEORÍA DE LA SEDUCCIÓN Y LA FORMULACIÓN DE UN NUEVO PRINCIPIO ETIOLÓGICO: PULSIÓN Y FANTASÍA

Ya en este último texto comienzan a gestarse las condiciones sobre las que un año después Freud abandonará su primera gran teoría traumática. La ficcionalización de la escena de seducción infantil,

implicada en su famosa confesión manuscrita a Breuer[iv], decreta de forma terminante la renuncia a sus conjeturas previas. El movimiento iniciado con la caída de la teoría de la seducción, culmina con la introducción de una teoría sobre la sexualidad y con la formalización de las fantasías. Sobre estos dos elementos Freud edifica una nueva teoría etiológica.

En *tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud postula el estatuto universal de la sexualidad infantil, señalando su valor constitutivo en la estructura. Allí, remite la causación de la neurosis a una represión excesiva de la sexualidad infantil, señalando que los síntomas constituyen la expresión de las tendencias sexuales perversas reprimidas en el desarrollo. Así, la neurosis no depende directamente de las excitaciones sexuales infantiles, sino de la respuesta represiva frente a ellas.

Esta nueva versión etiológica solo concluye en *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis* (1906), donde Freud recupera los desarrollos previos y agrega que “entre los síntomas y las impresiones infantiles se intercalaban las fantasías (invenciones de recuerdos)” (1906, p.266) Allí sostiene que si bien los síntomas son expresiones de la fantasía, las escenas fantaseadas participan primitivamente de la defensa contra el recuerdo de la propia práctica sexual infantil (masturbatoria). De este modo, mientras que la pulsión tributa el empuje económico para la formación de síntoma, la fantasía contribuye aportando el texto que posibilita su figuración escénica.

Durante los años siguientes, Freud se aboca a interrogar los conceptos de fantasía y pulsión. En primer lugar, intenta determinar el estatuto de la escena-fantasía sobre la que se edifica el material de la neurosis. En este movimiento, parece decidido a recuperar un fundamento real que pueda funcionar como soporte de la fantasía[v]. Este tentativa de buscar el trauma “afuera”, y delimitar su base real, depende en parte de la relativa incapacidad de la teoría pulsional bosquejada en 1905 para explicar acabadamente el estatuto traumático de la práctica sexual infantil[vi].

2. TRAUMA, PULSIÓN, REPETICIÓN: EL VIRAJE DE MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER

¿Qué es lo traumático en la satisfacción pulsional? Freud parece esbozar los indicios de una respuesta en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), donde toma como modelo de análisis las pulsiones que no nacen por apuntalamiento[vii], relegadas a un lugar marginal en *tres ensayos de teoría sexual*. Allí parte de definir a la pulsión como una fuerza constante que asedia al organismo desde el interior. Sostiene que el psiquismo busca someter las pulsiones a los principios que rigen su funcionamiento (el Principio de Constancia y el Principio de Placer): “los destinos de pulsión consisten, en lo esencial, en que *las mociones pulsionales son sometidas a las influencias de las (...) grandes polaridades que gobiernan la vida anímica*” (1915, p.134). Sin embargo, Freud advierte tempranamente que un fragmento de la pulsión se sustrae a su estructuración por estos principios y señala que “La mudanza pulsional (...) nunca afecta, en verdad, a todo el monto de la moción pulsional. La dirección pulsional más antigua, activa, subsiste en cierta medida junto a la más reciente (...) aunque el proceso de la trasmutación pulsional haya sido muy extenso”(1915:125).

Freud plantea entonces un movimiento constitutivo que deja un resto inalterado: una estructura que no se cierra sobre sí misma. ¿Qué valor tiene ese resto pulsional acuciante que no se deja atemperar por los principios que rigen la actividad psíquica? ¿Cuál es su lugar en el aparato psíquico y cuáles son sus consecuencias sobre el conjunto del psiquismo?

Freud responderá estas preguntas recién en *Más allá del principio de placer* (1920), donde vuelve sobre el problema de la satisfacción pulsional y redefine, en torno a él, su teoría traumática. Allí, señala que las pulsiones son capaces de producir perturbaciones económicas equivalentes a las de una neurosis traumática, pues el aparato anímico carece de un dispositivo protector frente a estímulos internos. La imposibilidad de ligar los estímulos pulsionales al sistema de representantes psíquicos puede llevar a la irrupción traumática, definida aquí como una “perturbación enorme en la economía energética del organismo” (1920, p.29). El trauma, que ilustra ahora la relación del sujeto con su “paradójica” satisfacción pulsional, se instala así en el fundamento de la estructura: la pulsión sitúa un exterior en el interior mismo del aparato, subvirtiendo las relaciones tópicas previas.

Freud descubre la relación íntima entre la pulsión y el trauma al estudiar una serie de fenómenos (sueños traumáticos, compulsión de repetición en transferencia) que ponen en primer plano la irrupción pulsional y el fracaso de la ligadura al campo de las representaciones. En el estudio causal de estos fenómenos se superponen dos niveles, que analíticamente deben ser diferenciados: la tendencia anímica que intenta dominar el estímulo y el bregar pulsional, que busca con autonomía su satisfacción.

El rasgo saliente de la compulsión repetitiva es, sin embargo, el fracaso de la ligadura, lo que justifica el carácter traumático de la repetición aquí estudiada. El trauma representa aquello que, cada vez, es *lo mismo*: lo que se resiste a entrar en la cuenta. El establecimiento de una serie, justamente, permite preservar al sujeto, pues introduce el vivenciar en un sistema de contabilidad que inscribe diferencias[viii]. No hay experiencia de “lo mismo” al interior de un sistema de diferencias. Por eso Freud destaca que el trauma supone el “anegamiento” económico del aparato, la supresión temporal de las marcas psíquicas a partir de las que se establecen distinciones. El trauma destituye la serie, al introducir en ella la función de lo “no serialable”: lo mismo, lo inasimilable. De este modo, no es la escena la que resulta traumática sino la irrupción en su marco de un elemento que no se integra a ella. La compulsión de repetición señala en la escena lo actual del trauma, que no termina de inscribirse en el sistema de representaciones.

La satisfacción absoluta a la que aspira la pulsión, independiente del Principio de Placer, no puede ser alcanzada sino al costo del arrasamiento del psiquismo. Por eso Freud asigna a la pulsión de muerte la “tendencia propia de lo orgánico vivo a restaurar un estado anterior que lo vivo debió resignar” (1920, p.36). Estado previo a la marca originaria que inscribe la posibilidad de la diferencia y da origen al psiquismo. La pulsión de muerte amenaza entonces con restaurar un estado en que aún no existía la distancia entre el objeto de la satisfacción y su marca (que pierde al primero para siempre), hiancia en la que se sostiene la estructura misma del deseo. Puede observarse, a partir de estas definiciones, el marcado contraste entre las dos definiciones del trauma que se han considerado hasta aquí: la primera limita el trauma a una trama representacional, y destaca la función productiva de la memoria inconciente en la formación de los síntomas. La segunda, por el contrario, destaca el carácter perturbador que asume la satisfacción pulsional, desalojando al sujeto de la escena psíquica y agujereando el campo de la memoria inconciente.

EL ANÁLISIS: UNA OPERACIÓN DE PÉRDIDA. REPETICIÓN E INCONCIENTE.

Freud sostiene que “la compulsión a la repetición, (...) en el análisis se apoya en el deseo de convocar lo olvidado y reprimido”

(1920, p.32). Es decir, que aquí es el tratamiento mismo el que, al recorrer el entramado asociativo de la memoria, acaba por toparse con el factor traumático. La ligadura, como horizonte posible del tratamiento, se concibe entonces como la tarea de acotar la satisfacción pulsional directa. La faena de dominar el estímulo remite directamente a una operación de pérdida, necesaria para mudar el estímulo pulsional en un cumplimiento de deseo.

El deseo como tendencia a reencontrar el objeto entraña siempre la dimensión de un fracaso: el encuentro no se concreta. Es ese resto de satisfacción que jamás se alcanza el que relanza el proceso, sosteniendo la “indestructibilidad” del deseo inconciente. De este modo, el trauma, localizado en el corazón de la neurosis (pulsión), delimita el borde mismo del inconciente. Al articularse con la pérdida e introducirse en el campo del deseo, deviene la causa de toda elaboración psíquica posterior. La fuerza constante de la pulsión funda, al pasar por el tamiz de la pérdida de objeto, la insistencia del inconciente. Insistencia que busca reencontrar la satisfacción perdida, y que al no alcanzar su objetivo, comienza una y otra vez la búsqueda. Lo que se repite entonces es la división en la que cada producción engendra también su propio resto. Como afirma Freud: “La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en las palabras del poeta, «acicatea, indomeñado, siempre hacia delante»”(1920, p.42).

NOTAS

[i] A partir de la extensión de los fundamentos de la “histeria traumática” estudiada por Charcot, al campo de la histeria corriente. Para Freud, toda histeria deviene traumática, aún cuando el “gran trauma” de Charcot sea aquí reemplazado por una “historia de padecimientos”.

[ii] bajo la forma de una tendencia según la cual “en todo individuo, para la conservación de su salud, existe el afán de volver a empequeñecer esa suma de excitación”.

[iii] Si bien la memoria inconciente solo se formaliza acabadamente a partir de *La interpretación de los sueños* (1901), esta noción primitiva permite anticipar la orientación freudiana según la cual síntomas, sueños, repeticiones y otras formaciones del inconciente serán más adelante concebidas como “otro modo del recuerdo”.

[iv] “Mis histéricas me mienten” Confesión que figura en la Carta 69 de 1897.

[v] Podemos ver dos intentos diversos de restituir a la fantasía su fundamento experiencial en el intento de encontrar la escena primaria efectivamente observada en el análisis del Hombre de los Lobos, y por otro lado, en la noción de herencia filogenética establecida en la conferencia sobre síntomas

[vi] Esta dificultad se manifiesta en la caída del primer dualismo pulsional (pulsiones de conservación y pulsiones sexuales) y en la inconsistencia conceptual de su primer sustituto (libido yoica y libido objetal). Freud parece tener dificultades para sostener en términos de su teoría pulsional el axioma del conflicto, indispensable en su elaboración etiológica.

[vii] Esta distinción tomará un valor destacado en un texto que no alcanzaremos a analizar en este trabajo, *Moises y la religión monoteísta* (1939), donde Freud afirma que “los traumas son vivencias en el cuerpo propio o bien percepciones sensoriales, las más de las veces de lo visto y oído, vale decir, vivencias o impresiones”, enlazando de esta manera la vivencia traumática a las pulsiones que en *Pulsiones y sus destinos* (1915) son tomadas como modelo.

[viii] Por eso Freud diferencia la compulsión de repetición en análisis- que introduce la dimensión del conflicto y la implicación- de las “neurosis de destino”, en las que la figura del destino es omnipotente y el sujeto permanece desimplicado, fuera de la serie.

BIBLIOGRAFIA

Freud, S. (1893-1895) “Estudios sobre la histeria”. En Obras completas Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.

Freud, S. (1894) “Las neuropsicosis de defensa”. En Obras completas Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.

Freud, S. (1896 [1895]) “Manuscrito K”. En Obras completas Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.

Freud, S. (1896a) “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”. En Obras completas Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.

Freud, S. (1896b) “La etiología de la histeria”. En Obras completas Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.

Freud, S. (1905): “Tres ensayos de teoría sexual” en Obras Completas, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978.

Freud, S. (1906): “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis” en Obras Completas, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978.

Freud, S. (1915): “Pulsiones y destinos de pulsión” en Obras Completas, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978.

Freud, S. (1920) “Más allá del principio de placer”. En Obras completas Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.

Glasman, S. (1985): “La satisfacción”. En Conjetural Numero 7. Buenos Aires: Editorial Sitio.

Laznik, D. (2007): “La delimitación de la experiencia analítica y las figuras de lo no Analizable”. En Memorias de las XIV Jornadas de Investigación - Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, Volumen II. Buenos Aires: Facultad de Psicología (UBA)

Lubián, E. (2012). “Notas sobre el trauma”. En La Porteña, revista de la sociedad porteña de psicoanálisis vol.XII. Buenos Aires: Sociedad porteña de psicoanálisis, 2012.

Miller, J.A. (2001): La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica. Buenos Aires. Paidós.